

PRIMEROS ENCUENTROS



EN EL UNIVERSO DE
ENDER

ORSON SCOTT CARD

LA ANTOLOGÍA DEFINITIVA DE RELATOS SOBRE EL UNIVERSO DE ENDER, INCLUIDO EL CUENTO QUE DIO ORIGEN A «EL JUEGO DE ENDER».

Bienvenidos a la guía definitiva para entrar, o profundizar, en el «El Juego de Ender» y el conjunto de la saga. Una antología de historias que incluye el relato del mismo título que en 1977 fue publicado en la revista «Analog», y que más tarde dio origen a la obra más emblemática de Orson Scott Card.

Ahora, de la mano del autor, descubriremos la historia de cómo se conocieron y enamoraron los padres de Ender o de cómo el padre luchó para sacar a su familia de Polonia.

El resultado es una inmersión en el universo de Ender que seducirá tanto a los fans de su creador como a los lectores que se acercan por primera vez al género.

EL NIÑO POLACO

John Paul odiaba la escuela. Su madre hacía lo que podía, pero cómo iba a arreglárselas para enseñarle algo teniendo otros ocho hijos: seis a quienes les daba clase y dos niños de pecho que tenía que cuidar.

Lo que más odiaba John Paul era que ella insistiera en enseñarle cosas que él ya sabía. Le mandaba que escribiera letras, que las repitiera una y otra vez, mientras que a los niños mayores les enseñaba cosas interesantes. De modo que John Paul hacía lo posible para darle sentido a la información desordenada que obtenía de las conversaciones entre su madre y ellos. Por ejemplo, nociones superficiales de geografía: había aprendido el nombre de docenas de países y sus capitales, pero no estaba demasiado seguro de qué era un país. O una pizca de matemáticas; le habían explicado los polinomios a Anna una y otra vez porque ni siquiera parecía intentar entenderlos, pero eso le permitía a John Paul aprender las operaciones, aunque lo hacía como una máquina, sin saber lo que significaban en realidad. Tampoco podía preguntar. Cuando lo intentaba, madre se impacientaba y le decía que aprendería esas cosas a su debido tiempo y que ahora debía concentrarse en sus propias clases.

¿Sus propias clases? No le daba ninguna clase, sino deberes aburridos que a punto estaban de volverlo loco de impaciencia. ¿Cómo es que no se daba cuenta de que ya podía leer y escribir tan bien como cualquiera de sus hermanos mayores? Le hacía recitar el abecedario, cuando era perfectamente capaz de leer cualquier libro de la casa. Él intentaba decirle: «Puedo leer ese, madre». Pero ella se li-

mitaba a responder: «John Paul, eso es jugar. Quiero que aprendas a leer de verdad».

Tal vez si no pasara las páginas de los libros de los mayores tan rápidamente, ella se daría cuenta de que estaba leyendo de verdad. Pero cuando se interesaba en un libro, no soportaba ir despacio; de esta manera intentaba impresionar a madre. ¿Qué tenía que ver con ella lo que leía? Era su propia lectura; lo único de la escuela que disfrutaba.

—Nunca vas a llevar las lecciones al día —solía decirle ella—, si sigues perdiendo el tiempo con esos libros grandes. ¿Ves?, ni siquiera tienen dibujos; ¿por qué insistes en jugar con ellos?

—No está jugando —le contradijo Andrew, que tenía doce años—. Está leyendo.

—Sí, sí. Debería ser más paciente y jugar yo también —decía la madre—, pero no tengo tiempo... —Uno de los bebés se echó a llorar y se acabó la conversación.

Afuera, en la calle, había otros niños que iban a la escuela, con el uniforme escolar, riéndose y empujándose. Andrew se lo explicó: «Van a la escuela en un gran edificio. Cientos de ellos en la misma escuela».

John Paul se quedó atónito.

—¿Por qué no les enseña su madre? ¿Cómo hacen para aprender algo siendo cientos?

—Hay más de un maestro, tonto. Un maestro cada diez o quince alumnos. Pero en cada clase todos tienen la misma edad y aprenden lo mismo, de manera que el maestro pasa todo el día en una clase, en lugar de tener que ir de una a otra.

John Paul pensó un momento.

—¿Cada edad tiene su propio maestro?

—Y los maestros no tienen que dar de comer a los bebés ni cambiar pañales. Tienen tiempo de enseñar de verdad.

Pero ¿de qué le habría servido a él? Lo habrían puesto en una clase con otros niños de cinco años y le habrían he-

cho leer estúpidos abecedarios todo el día; y no habría podido oír al maestro enseñarles a los de diez, doce y catorce años, y se habría vuelto loco.

—Es como el paraíso —dijo Andrew con amargura—. Si padre y madre hubieran tenido solo dos hijos, podríamos haber ido allí. Pero en cuanto nació Anna, nos amonestaron por insumisión.

John Paul estaba cansado de oír esa palabra sin entenderla.

—¿Qué significa «insumisión»?

—Es por esa gran guerra en el espacio —explicó Andrew—. Lejos, en el cielo.

—Sé lo que es el espacio —le replicó John Paul con impaciencia.

—Vale, pues eso. Hay una gran guerra y por eso todos los países del mundo tienen que trabajar juntos y aportar dinero para construir cientos de naves espaciales, de modo que pusieron a cargo de todo el mundo al Hegemón, que dice que no podemos afrontar los problemas causados por la superpoblación. Esa es la razón de que todo matrimonio que tenga más de dos hijos incurre en insumisión.

Andrew se detuvo, como si pensara que aquella explicación dejaba las cosas claras.

—Pero hay muchas familias que tienen más de dos hijos —argumentó John Paul—. La mitad de los vecinos.

—Porque esto es Polonia —le explicó Andrew— y somos católicos.

—¿Qué? ¿El cura le da a la gente bebés extra? —preguntó John Paul, que no veía la relación.

—Los católicos creen que hay que tener tantos hijos como Dios les mande. Y ningún gobierno tiene derecho a decirte que tienes que rechazar los regalos de Dios.

—¿Qué regalos?

—¡Tonto! —exclamó Andrew—. Tú eres el regalo número siete que Dios le dio a esta casa. Y los pequeños son los regalos ocho y nueve.

—Pero ¿qué tiene que ver eso con ir a la escuela?

Andrew puso los ojos en blanco.

—Eres realmente tonto. Las escuelas dependen del Gobierno. El Gobierno ejecuta los castigos contra la insumisión y una de sus normas dice que solo los primeros dos hijos de una familia tienen derecho a asistir a la escuela.

—Pero Peter y Catherine no van a la escuela —objetó John Paul.

—Porque padre y madre no quieren que ellos aprendan todas las cosas anticatólicas que se enseñan allí.

John Paul quería preguntar qué significaba «anticatólico», pero se dio cuenta de que debía de significar algo como «contra los católicos», así que no valía la pena preguntar para que Andrew volviera a llamarlo tonto.

En vez de eso, pensó una y otra vez cómo era posible que una guerra hiciera que todas las naciones le dieran el poder a un único hombre, y que ese único hombre les dijera a todos cuántos hijos podían tener, y que a todos los otros hijos los dejaran fuera de la escuela. En realidad, era una ventaja, ¿no? No ir a la escuela. ¿Cómo, de no haber estado en el mismo salón escuchando lo que les enseñaban a Anna, Andrew, Peter, Catherine, Nicholas y Thomas, habría podido aprender algo John Paul? Lo más desconcertante era la idea de que la escuela podía enseñar cosas anticatólicas.

—Todos somos católicos, ¿no? —le preguntó una vez a padre.

—En Polonia, sí; o eso dicen. Y es bastante cierto.

Los ojos de padre estaban cerrados. Siempre que se sentaba tenía los ojos casi cerrados. Incluso cuando comía, indefectiblemente parecía que estuviera a punto de caerse y dormirse. Era porque tenía dos trabajos; el legal durante el día y el ilegal durante la noche. Excepto por la mañana, John Paul casi nunca veía a padre y, como estaba tan cansado para hablar, madre no lo dejaba molestarlo.

Aunque padre le había contestado, madre lo hizo callar.

—No fastidies a tu padre con preguntas, tiene cosas más importantes en la cabeza.

—No tengo nada en la cabeza —dijo padre, cansado—. No tengo cabeza.

—Lo que tú digas —le contestó madre.

Pero John Paul tenía otra pregunta y tenía que hacerla.

—Si todos somos católicos, ¿por qué la escuela enseña cosas anticatólicas?

Padre lo miró como si estuviera loco.

—¿Qué edad tienes?

No debió de haber entendido lo que John Paul le preguntó, porque no tenía nada que ver con la edad.

—Tengo cinco años, padre, ¿no lo sabes? Pero ¿por qué la escuela enseña cosas anticatólicas?

Padre miró a madre.

—¿Por qué le enseñas eso? Solo tiene cinco años.

—John Paul, tú se lo has enseñado protestando siempre contra el Gobierno —le recriminó madre.

—No es nuestro Gobierno, es una ocupación militar. Un intento más de acabar con Polonia.

—Venga, sí, sigue hablando, así te amonestarán otra vez y perderás el trabajo. ¿Qué haremos entonces?

Era obvio que John Paul no iba a conseguir respuesta alguna, por eso se dio por vencido y se guardó la pregunta para más adelante, para cuando tuviera más información y pudiera conectarla con lo que ya sabía.

La vida de John Paul era así cuando tenía cinco años: madre trabajaba constantemente, cocinaba y atendía a los bebés, a la vez que trataba de sacar adelante su escuela en la sala de estar; padre se iba a trabajar de madrugada, antes de que el sol asomara; los niños, todos despiertos para que pudieran ver a su padre al menos una vez al día.

Hasta que un día padre no fue a trabajar.

Madre y padre estaban muy tensos y callados a la hora del desayuno, y cuando Anna les preguntó por qué padre no estaba vestido para ir a trabajar, madre replicó de mal

humor y con un tono que significaba que no debía preguntar más:

—Hoy no iré a trabajar.

Con dos profesores, las lecciones deberían haber sido mejor aquel día, pero padre era un profesor impaciente y puso de tan mal humor a Anna y a Catherine que las dos se escaparon a sus habitaciones y él terminó yendo al jardín a fumar.

Entonces llamaron a la puerta. Madre tuvo que mandar a Andrew corriendo a buscar a padre, que enseguida entró quitándose la tierra de las manos. Mientras se acercaba, volvieron a llamar dos veces más, cada una con más insistencia.

Padre abrió la puerta y se plantó de pie en el marco, ocupando el espacio con el cuerpo.

—¿Qué quiere? —preguntó en la lengua común en vez de hablar en polaco, al darse cuenta de que quien estaba en la puerta era extranjero.

Contestaron en voz baja, pero John Paul oyó la respuesta claramente. Era una voz de mujer y dijo:

—Soy del programa de exámenes de la Flota Internacional. Tengo entendido que usted tiene tres hijos de entre seis y doce años.

—Nuestros hijos no son de su incumbencia.

—La verdad, señor Wieczorek, es que la ley impone el examen obligatorio y estoy aquí para cumplir con mi obligación en virtud de esa ley. Si lo prefiere, puedo llamar a la policía militar para que vengan a explicárselo —respondió ella tan amablemente que John Paul casi no se percató de que no era una oferta, sino una amenaza.

Padre dio un paso atrás, con expresión sombría.

—¿Qué hará? ¿Mandarme a prisión? Han hecho leyes que le prohíben a mi esposa trabajar, tenemos que educar a nuestros hijos en casa y ahora intentan quitarle el pan a mi familia.

—La política del Gobierno no la hago yo —dijo la mujer mientras inspeccionaba la habitación abarrotada de críos—. Lo único que me importa es examinar a los niños.

Andrew intervino:

—Peter y Catherine ya han aprobado el examen del Gobierno. Solo hace un mes que han pasado de curso.

—Esto no tiene nada que ver con pasar de curso —dijo la mujer—. No soy de las escuelas o del Gobierno polaco...

—No hay un Gobierno polaco —replicó padre—; solo una ocupación del ejército para imponer la dictadura de la Hegemonía.

—Soy de la Flota —dijo la mujer—. La ley nos prohíbe expresar opiniones sobre la política hegemónica mientras llevamos el uniforme. Cuanto más pronto empiece con el examen, antes podrán volver a su vida cotidiana. ¿Todos ellos hablan lengua común?

—Por supuesto —respondió madre, orgullosa—; por lo menos tan bien como el polaco.

—Me quedará a ver el examen —dijo padre.

—Lo siento, señor —le dijo la mujer—, pero usted no va a presenciarlo. Necesito una habitación donde pueda estar a solas con cada niño. Si no hay más que una habitación en la casa, tendrán que esperar fuera o irse a casa del vecino. Y ahora voy a hacer esos exámenes.

Padre quería enfrentarse a ella, pero no tenía armas para aquella batalla, así que bajó la mirada.

—No importa si los examina o no. Aunque aprueben, no dejaré que se los lleve.

—Hablaemos de eso cuando llegue el momento —dijo la mujer. Se veía que estaba triste y John Paul entendió por qué: ella sabía que padre no podría decidir nada, pero no quería decirlo y avergonzarlo. Solo quería hacer su trabajo e irse.

No comprendía cómo sabía todo aquello, pero a veces se le ocurría sin más. No era como con los acontecimientos históricos, con la geografía o con las matemáticas, que hay

que aprender los hechos antes de saberlas. Con solo mirar y escuchar a las personas, podía percibir cosas sobre ellas; podía entender qué querían o por qué hacían lo que hacían. Por ejemplo, cuando sus hermanos reñían, solía comprender qué causaba la disputa y la mayoría de las veces sabía, sin esforzarse en pensarlo, qué debía decir para que la disputa terminara. A veces no lo decía porque no le importaba que se pelearan, pero cuando uno de ellos se enfadaba de verdad —lo suficiente como para pegarle al otro—, John Paul decía lo que hacía falta y la pelea se acababa, sin más.

Con Peter, solía decir algo como «Haz lo que él dice; Peter es el jefe de todos». Entonces Peter se ponía colorado, dejaba la habitación y se terminaba la discusión; así de fácil, porque Peter odiaba que pensarán que era mandón. Pero aquello no funcionaba con Anna; con ella era necesario decir algo como «Estás poniéndote roja». Luego John Paul se reía y ella se iba afuera a chillar, volvía a la casa y daba vueltas enfurecida, pero la pelea había terminado. Eso pasaba porque Anna detestaba parecer graciosa o tonta.

Y en aquel momento, sabía que si decía: «Papá, tengo miedo», padre echaría a la mujer de la casa y luego tendría muchos problemas. Pero si decía: «Papá, ¿puedo hacer el examen yo también?», padre se reiría y no se sentiría humillado, triste o enfadado.

Así que lo dijo.

Padre se rio.

—Ese es John Paul, siempre quiere hacer más de lo que es capaz de hacer.

La mujer miró a John Paul.

—¿Qué edad tiene?

—Todavía no ha cumplido seis años —respondió madre bruscamente.

—¡Ah! —dijo la mujer—. Bueno, entonces supongo que estos son Nicholas, Thomas y Andrew.

—¿Por qué no me examina? —reclamó Peter.

—Me temo que tú ya eres demasiado mayor —contestó ella—. Para cuando la Flota sea capaz de tener acceso a naciones insumisas... —Su voz se apagó.

Peter se levantó triste y dejó la habitación.

—¿Y por qué no a las chicas? —preguntó Catherine.

—Porque las chicas no quieren ser soldados —le respondió Anna.

Entonces John Paul se dio cuenta de que no era un examen de los normales del Gobierno. Peter quería hacerlo y Catherine estaba celosa porque a las chicas no se les permitía.

Si se trataba de un examen para ser soldado, era absurdo considerar a Peter demasiado mayor. Era el único que tenía la estatura de un hombre. ¿Acaso pensaban que Andrew o Nicholas podrían cargar un arma y matar gente? Quizá pudiera Thomas, pero, a pesar de ser alto, era bastante gordo y tenía el aspecto de los soldados que John Paul había visto.

—¿Con quién desea comenzar? —preguntó madre—. ¿Podría hacerlo en el dormitorio? Así puedo seguir con las clases.

—El reglamento requiere que lo haga en una habitación con acceso a la calle y con la puerta abierta.

—¡Venga!, por el amor de... no vamos a agredirle —dijo padre.

La mujer miró brevemente a padre y luego a madre, y los dos se rindieron. John Paul se dio cuenta: seguro que habían atacado a algún examinador; seguro que lo llevaron al cuarto de atrás y allí lo hirieron; o lo mataron. Era un oficio peligroso. Seguro que había gente aún más enfadada por el examen que padre y madre. ¿Por qué padre y madre lo detestaban y lo temían si Peter y Catherine querían hacerlo?

A pesar de que había pocas camas en el cuarto de las chicas, resultó imposible continuar normalmente con las clases. Al cabo de un rato, madre les dio unos minutos de lectura libre a fin de ocuparse de los bebés. John Paul le preguntó si podía leer en otra habitación y le dijo que sí. Claro, ella supuso que se refería al otro dormitorio, porque cuando alguien en la familia decía «la otra habitación» quería decir el otro dormitorio. Pero John Paul no tenía intención de ir allí; en lugar de eso, se dirigió a la cocina.

Padre y madre les habían prohibido a los niños entrar en la sala de estar mientras hacían el examen, pero eso no le impedía a John Paul sentarse en el suelo, fuera de la estancia, leyendo un libro mientras escuchaba el examen. Se dio cuenta de que la examinadora le echaba un vistazo de vez en cuando, pero no le decía nada, así que él siguió leyendo. Se trataba de un libro sobre la vida de Juan Pablo II, el gran papa polaco por el que le habían puesto el nombre. A John Paul le resultaba fascinante, ya que por fin iba a obtener respuestas a alguna de sus preguntas sobre por qué los católicos eran diferentes y por qué al Hegemón no le gustaban.

Mientras leía, escuchaba el examen. No era como el del Gobierno, en el que hacían preguntas sobre hechos y tenían que resolver problemas matemáticos o nombrar partes del discurso. En vez de eso, ella preguntaba cosas que la verdad es que no tenían una respuesta exacta, como qué les gustaba y qué no, y por qué la gente hacía las cosas que hacía. Después de quince minutos de aquellas preguntas, empezó el examen escrito, con más problemas de los habituales.

De hecho, al principio a John Paul no le pareció que aquellas preguntas fueran parte del examen. Solo después de que ella le preguntara lo mismo a cada chico y al ver las diferencias en las respuestas, se dio cuenta de que esa era

la misión principal, y por la forma en la que se involucraba y se ponía tensa al preguntar, John Paul se percató de que las preguntas eran más importantes que la parte escrita del examen.

Él también deseaba contestarlas. Quería examinarse. Le gustaba hacer exámenes. Siempre respondía en voz baja cuando sus hermanos mayores hacían exámenes, para ver si podía responder tantas preguntas como ellos. Cuando la mujer estaba terminando con Andrew, John Paul estuvo a punto de preguntar si podía hacer el examen, pero la mujer se dirigió a madre.

—¿Qué edad tiene este?

—Ya se lo hemos dicho —respondió madre—. Solo tiene cinco años.

—Mire lo que está leyendo.

—Se limita a pasar las hojas. Es un juego. Está imitando a los mayores.

—Está leyendo —dijo la mujer.

—¿Así que lleva aquí un par de horas y sabe más sobre mis hijos que yo, que les doy clase todos los días durante varias horas?

La mujer no discutió.

—¿Cómo se llama?

Madre no quiso responder.

—John Paul —contestó el niño.

Madre lo miró. Andrew hizo lo mismo.

—Quiero hacer el examen —dijo él.

—Eres muy pequeño —le respondió Andrew en polaco.

—Dentro de tres semanas cumplo seis años —replicó John Paul en lengua común. Quería que la mujer lo entendiera.

Ella asintió.

—Estoy autorizada a examinarlo aunque no llegue a la edad —dijo ella.

—Está autorizada pero no obligada —le replicó padre mientras entraba en la habitación—. ¿Qué está haciendo él

aquí?

—Ha dicho que se iba a otra habitación a leer —le contestó madre—. Pensé que se refería al otro dormitorio.

—Estaba en la cocina —dijo John Paul.

—No ha molestado ni lo más mínimo —comentó la mujer.

—¡Qué desastre! —dijo padre.

—Me gustaría examinarlo —insistió la mujer.

—No —respondió padre.

—Alguien tendrá que venir dentro de tres semanas y hacerlo, entonces —dijo ella—. Y les molestará otro día. ¿Por qué no terminar con esto hoy?

—El niño ha oído las respuestas —dijo madre—. Ha estado sentado aquí escuchando.

—No es ese tipo de examen —le respondió la mujer—. No hay problema.

John Paul notaba que padre y madre estaban a punto de rendirse, así que no se molestó en decir nada para intentar convencerlos. No quería usar muy a menudo su habilidad para decir las palabras correctas, porque si no, podían descubrirlo y dejaría de funcionar.

La conversación duró un par de minutos más y entonces John Paul se sentó en el sofá al lado de la mujer.

—Es verdad que estaba leyendo —le dijo John Paul.

—Ya lo sé —le contestó la mujer.

—¿Cómo? —preguntó John Paul.

—Porque pasabas las hojas con un ritmo regular —le explicó—. Lees muy rápido, ¿no es así?

John Paul asintió.

—Cuando se trata de algo interesante.

—¿Juan Pablo II es un hombre interesante?

—Hizo lo que creyó que tenía que hacer —respondió John Paul.

—Te pusieron ese nombre por él —sugirió ella.

—Fue muy valiente —le contestó John Paul—. Y cuando algo le parecía importante, nunca hacía lo que la gente ma-